



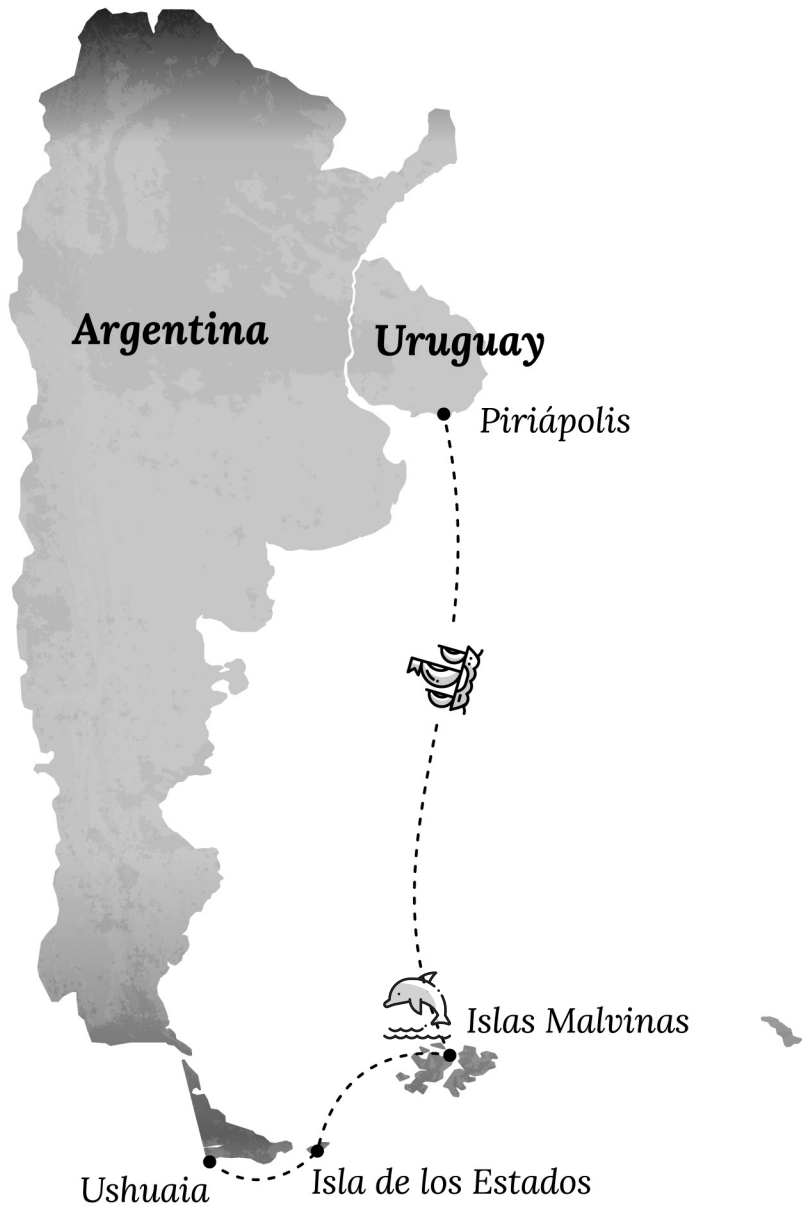
CAPÍTULO IX

Las profundidades del océano: crucero por el Atlántico

*El marinero está a salvo cuando sus emociones
yacen en lo profundo del océano*



Islas Malvinas
o Islas Falklands:
la guerra por la tierra



Argentina

Uruguay

Piriápolis

Islas Malvinas

Isla de los Estados

Ushuaia



Islas Malvinas o Islas Falklands: la guerra por la tierra

*Cuando cesa el deseo de poseer,
aparece el deseo de ser*

Atracamos en Ushuaia. El resto de la tripulación había comprado sus boletos de avión. Logramos comer una cena de despedida durante la cual resumimos todo el viaje. Después de un tiempo estuve solo con el capitán. Ambos teníamos una dirección similar, estábamos en el sur y era hora de cambiar de rumbo hacia el norte. Soñaba con navegar a Buenos Aires y aprender a bailar tango. Este baile me había fascinado durante años. Gujs quería visitar las Islas Malvinas en el camino; luego planeaba anclar en Uruguay. Aceptó mi compañía y así iba a pasar otro mes a bordo del Beauford 13.

Comenzamos a prepararnos para la partida, proveyéndonos de combustible y comida. En el puerto apareció un italiano llamado Ciro, que estaba buscando un yate para navegar a la Antártida. Habló con Gujs, quien le explicó que acabábamos de regresar, la temporada había terminado y que ningún velero iba a esos sitios. El capitán le dijo que viniera el lunes y entonces le diría qué podía hacer por él. Cuando salí del puerto, este italiano se me acercó y me preguntó por los detalles del viaje. Resultó ser un tipo realmente interesante. Era muy joven, solo tenía 20 años y viajaba completamente sin dinero. Tenía el coraje y el espíritu de un viajero.

Como habíamos acordado, apareció después del fin de semana por la mañana, y resultó que estaba esperando desde las seis. El capitán lo invitó a tomar un café y después de una breve conversación le dijo cuáles eran las condiciones. El costo de dieta en el barco era de diez dólares al día. Ciro dijo que solo tenía cinco dólares y algo de comida que podía compartir, un kilo de arroz y un paquete de lentejas. Miré al capitán y nos sonreímos. Gujs le ofreció coo-

peración, a condición de trabajar en el mantenimiento del barco cuando llegáramos a puerto en Uruguay. De esta manera, ganamos un miembro más para la tripulación.



Conocí a muchas personas que viajaban sin dinero durante los últimos meses. Uno de ellos me contó su historia, diciendo que las aventuras más interesantes sucedieron justo cuando no tenía un centavo. No lo pude entender. Una vez más sentí un miedo en mi cuerpo ante esa idea.

Aunque los británicos ganaron la guerra, en Argentina se sigue utilizando el nombre Islas Malvinas y Puerto Argentino para lo que los ingleses llaman Islas Falklands y Port Stanley, su capital, ya que continúa habiendo una disputa diplomática por la soberanía de estos territorios. La discusión se trató en algún momento sobre quién llegó primero a las Islas Malvinas: los británicos o los españoles. Después de ahondar en la historia, resultó que el primer explorador de las islas fue un holandés: los holandeses fueron pioneros en las expediciones marítimas. Eran holandeses quienes descubrieron Nueva York (la que llamaron Nueva Ámsterdam), Australia (que se llamaba Nueva Holanda) o Nueva Zelanda. Hay una diferencia significativa entre los descubridores y aquellos que han tomado el control del territorio. Cuando los indígenas vivían en aquellas tierras, no les importaba el territorio. Trataban a la tierra como a una madre que cuida de ellos. Según los indígenas, la tierra es un organismo vivo. Todos vivimos en el mismo planeta y cada uno de nosotros tiene el mismo derecho a ser su ciudadano.

En el momento en que te descubres a ti mismo, no necesitas tener más de lo que tienes en un momento dado. El deseo de poseer desaparece y entra el deseo de ser.



Al pasar el Canal de Beagle comencé a sentir náuseas. Pensé que después de la expedición a la Antártida me había librado de las enfermedades marinas, pero ellas regresaron aquí de nuevo. Ciro tampoco lucía de lo mejor, aunque tomó algunas pastillas para el mareo y trataba de mantener las apariencias, se rindió bajo la cubierta, abrazando un cubo. Visitamos una pequeña isla, que estaba justo detrás del canal y decidimos pasar la noche allí. Tuvimos pequeños problemas con el anclaje, porque nos encontramos en una caleta donde hacía mucho viento y nuestro velero balanceaba peligrosamente en el agua. En tales situaciones, se utiliza un amarre adicional, que se adjunta a la costa para asegurar la posición del barco. Resultó que no era tan fácil, porque en el lugar donde estábamos, también había un estuario, lo que hacía difícil estirar las cuerdas. Después de muchos intentos, abandonamos este esfuerzo y encontramos otro lugar donde anclar. Estábamos a salvo, aunque temía que pudiéramos romper nuestras anclas y chocar contra las rocas. El capitán observaba nuestra orientación y cómo se comportaba el barco bajo la influencia de un viento tan fuerte. Estábamos al abrigo de la bahía, de modo que no quedábamos expuestos a las olas. A pesar de eso, el fuerte viento no nos dejaba tranquilos. El barco actuaba como un péndulo, acercándose una vez a una orilla y luego a la otra. La cuerda de anclaje estaba tensa todo el tiempo y solo ella nos mantenía en el sitio.

El mareo que me atormentaba desde Ushuaia finalmente se rindió. Después de un tiempo de no comer, sentí hambre y comencé a cocinar. Esta vez era yo quien asumía la función de cocinero. Gujs era un especialista en calentar la comida enlatada, Ciro no sabía cocinar, así pues, yo no tenía otra opción. Pensé que me convertiría en un oficial subalterno. No obstante, mi cuerpo aún no estaba adaptado a las olas del mar, así que fui ascendido de marinero de cubierta a cocinero. Después de la cena tomamos té caliente y nos fuimos a dormir.

La noche era muy ventosa; a veces soplaba tan fuerte que podía oír la tensión del ancla. Me despertaba de vez en cuando y salía para ver si todo estaba en orden. Tenía miedo de que la cuerda del ancla se aflojara y nos acercáramos a la orilla. Observaba cómo el velero bailaba con el viento mientras cambiaba de posición, pasando de una orilla a otra. Una ráfaga viento puso el velero en movimiento, y este danzaba como una dama en los salones. Monté guardia, asegurándome de que el viento no llevara esa dama consigo. Aprendí del capitán a sentir cada movimiento a bordo, a prestar atención a la menor maniobra. Creo que me había entrenado bien, porque toda la noche me desperté muchas veces, controlando nuestra distancia de la orilla. El capitán no se levantó ni una vez, pero sabía perfectamente bien que yo estaba en guardia.

No quería levantarme para revisar el barco. No obstante, tuve que ponerme los pantalones, la camisa, un suéter y salir, porque sentí que era mi deber. Me obligaba a actuar contra mi voluntad. Sabía que era normal que a veces no quisieras, y que tienes que forzarte. El viento estaba irrumpiendo en la bahía, rebotando en las orillas cubiertas de árboles y con su fuerza hacía bailar al velero. Estaba sentado en la cubierta y observaba el cielo estrellado. Entonces pensé que había valido la pena levantarse en medio de la noche para vivir este momento.

Partimos hacia las Islas Malvinas, dejamos atrás la isla y navegamos por el mar. El agua estaba agitada, las olas mecían nuestro velero. Una vez más el mareo atacó mi cuerpo. Probablemente era la cuarta o quinta vez. No tenía ni idea de cuánto tiempo más iba a sufrir tanto. Solo me reconfortaba el hecho de que los ataques eran cada vez más cortos. Había leído de un marinero que, cumpliendo su sueño de navegar por el mundo, había sufrido mareos constantes, por trece veces. Pensé entonces que el amor por





Puerto Argentino, Islas Malvinas

- IPSWICH 7785 start miles July 2009 Lost Brandy Barry Wood
- JULES LITSON 840 Miles
- BELFAST
- STON MANCHESTER
- JOE DURNO
- Ginge
- THURLBY
- GATESHEAD canny far
- LUCY ANN WATT HADLEIGH IPSWICH
- KASIA 13838 km
- KALKOVNEN MARSTAL
- BRADFORD
- LEEDS
- CAMBORNE
- Hillam 7976 Miles
- LAZARUS
- The Carpenters Arms 7619 Miles
- SPRINGFIELD, FIFE 13,074 KM
- TOWNSVILLE
- SKEWEN 7859
- UTRECHT 12975 KM
- South Shields 8044 Miles
- PORTLET
- GYOR 13,159 Km
- EDIT RICH
- EASTLEIGH 12,573 Km
- MANN DECORATORS

el mar y el océano de aquel hombre debía haber sido grande. No tuve opción. Tuve que aceptar mi condición y sobrevivir por unas horas, acostado en mi covacha, vomitando de vez en cuando. A veces intentaba salir, dejar que mis sentidos se acostumbraran a las condiciones existentes.

Ciro, se recuperó después de cuatro días, que fue cuando atracamos en las Islas Malvinas. El capitán estaba feliz porque en las islas todos hablaban inglés. Había pasado los últimos meses en países donde se hablaba solo en español y necesitaba que yo fuera su traductor. Fue a la oficina del puerto para organizar todos los trámites necesarios, y yo con Ciro decidimos ver la isla. Una de las mayores atracciones de las Islas Malvinas son varias especies de pingüinos. Además, se pueden ver muchos naufragios de barcos que fueron arrojados al mar durante la Guerra de las Malvinas en 1982.

Queríamos encontrarnos con pingüinos rey que tienen en su cuerpo matices amarillos. Esta es una especie muy rara y habita solo en algunos lugares del mundo. El único obstáculo era el largo camino que teníamos que recorrer; esperábamos conseguir un transporte. La gente en las islas no era muy abierta, y yo estaba acostumbrado a la cultura latinoamericana, cuya sociedad es muy amigable y benevolente. Aquí no vi alegría y, definitivamente, faltaban sonrisas en los rostros de los residentes. Probablemente era el resultado de la guerra. No obstante, nos interesaban los pingüinos y nos movíamos hacia las dunas. Recorrimos un buen trecho, nos perdimos, pero finalmente conseguimos llegar al destino. El último obstáculo que no pudimos vencer apareció ante nosotros. Un grueso alambre de púas se extendía a lo largo de la orilla. Sólo cien metros nos separaban de los pingüinos. Inicialmente, lo pensamos superar, pero la placa con la inscripción "CUIDADO MINAS" nos hizo comprender que el riesgo era demasiado alto. Los pingüinos en colonias enteras estaban descansando en la playa, caminando





Islas Malvinas





por las dunas y nadando en el mar. No logramos llegar a los pingüinos rey, pero conocimos a dos muchachos de la República Checa, con quienes fuimos a otra playa y allí pudimos observar de cerca otra especie de aves nadadoras. Los pingüinos en las Islas Malvinas eran diferentes de los que había visto en la Antártida. Eran más pequeños, se movían con gracia y sus plumajes parecían pequeños esmóquines. Era muy divertido ver como un pequeño grupo se movía por la playa. Era como un desfile.

Al día siguiente decidimos visitar la capital de las Islas Malvinas. Una ciudad inglesa típica, la circulación por la izquierda, pequeños bungalows peculiares con techos inclinados y marcos de las ventanas coloridos. Y un gran supermercado donde se pueden comprar muchos productos. El capitán adquirió un conjunto de alimentos enlatados, su plato favorito. No podía entender cómo alguien podía comer tales productos. Compró también una botella de buen whisky. Luego fuimos al museo para conocer la historia de la isla. Gran parte de la exhibición estaba dedicada a la guerra argentino-inglesa. Conocía la historia del conflicto de las historias de mis amigos argentinos. No obstante, sus historias diferían significativamente de lo que mostraba el museo en las Islas Malvinas.

Los argentinos no han aceptado la pérdida de las islas y afirman que las Malvinas todavía les pertenecen. En Argentina, se puede ver monumentos con el eslogan “Las Malvinas son argentinas”. Los propietarios de la isla son los ingleses, pero sienten en el aire que el alma argentina todavía está presente allí. Encontré una pequeña bandera argentina dentro de un gran cañón, por la noche (mientras bebíamos cerveza en el bar) escuché algunas palabras en español. Me dio la impresión de que todavía estaba pasando algo, como si los espíritus de los soldados caídos estuvieran presentes.

Llegó la hora de dejar la isla y avanzar hacia Uruguay. Persuadimos al capitán para que navegara hacia una de las orillas a fin de ver

los pingüinos rey. En realidad, aquel lugar estaba en nuestro camino y visitar la playa no interfería con el curso establecido. Mientras navegábamos, los delfines nos acompañaban. Se acercaron a nosotros y nos pilotaban a lo largo de un tramo considerable. Brotaban de abajo, de las partes más inferiores del bote y emergían justo delante de la proa del barco para tomar aire. Algunos saltaban del agua y hacían todo tipo de piruetas. Jugaban con nosotros como niños, complacidos con la atención que les prestaban los adultos. Era la primera vez que podía ver a estos mamíferos tan cerca. Me quedé impresionado. Los delfines se alegraban del entusiasmo con el que apreciábamos su show acuático, aunque fuera por un corto tiempo. Parecía que querían darnos una dosis de vibraciones positivas. Y realmente lo consiguieron. El nivel de energía aumentó, las sonrisas aparecieron en nuestras caras. Estaba feliz de haber podido ver estos maravillosos animales. No pudimos navegar hacia los pingüinos, pero los delfines nos dieron tantas emociones que nos sentimos totalmente satisfechos.

Tuve la impresión de que estos mamíferos aparecieron en nuestro planeta para dar amor al mundo. Observaba a toda la familia saltando de felicidad, chapoteando descuidadamente sobre las olas. En ese momento pensé en mis padres que estaban lejos y me echaban de menos. Al mismo tiempo sentí que debía escribirles una carta. Lloraba cuando la escribía. Era completamente natural. Le agradecí a mi madre por su protección y amor incondicional. Le dije a mi padre que él es un modelo para mí. Restauró la confianza que habíamos perdido hace unos años. A través de su determinación me mostró el amor paternal. Mi corazón se abrió, la energía del amor comenzó a fluir, sanando mis raíces. Eso era muy importante para mí, me abrí a mí mismo; les dije a mis padres palabras que no había podido decir antes. Los amo, Mamá y Papá.





Pasé el último mes en el yate, entendiendo lo que significaba estar en medio de esa inmensidad, formar parte del océano, estar en su mismo corazón y admirar su belleza. Puede parecer extraño, pero mientras viajaba, el océano me mostraba sus infinitos rostros. Mientras estaba sentado en la cabina, tomando un té caliente, el océano renovaba día a día el espectáculo que nos ofrecía. Un día las olas alcanzaban hasta ocho metros de altura, demostrando su poder. El agua se acumulaba en las crestas de las olas, para que nuestro yate pudiera deslizarse por ellas cual surfista.

Al día siguiente, el océano estaba completamente tranquilo, como si nada hubiera pasado el día anterior. El sol brillaba, era una hermosa mañana. Quería sumergirme en el océano; salté al agua y empecé a bucear dirigiéndome hacia sus profundidades. Era un baño refrescante. Durante la noche la niebla rodeó al yate. Tuve un *gennaker* izado, es decir, la vela gigante. Navegaba en silencio total, la niebla espesa le daba a la situación un toque de misterio, me excitó. La visibilidad se limitó hasta ese punto en que solo veía la proa del barco. Por un breve momento, la niebla se calmó y vi la luna llena; iluminando el océano. Las maravillosas imágenes que tuve la oportunidad de ver, permanecerán en mi memoria por el resto de mi vida.

Poco después, la cuerda se rompió y toda la vela se estrelló en el agua. Frenamos inmediatamente y el barco permaneció inmóvil en medio de la espesa niebla. Estaba completamente oscuro y nos sumergimos en la oscuridad. No sentía miedo, sabía que estábamos a salvo y no corríamos peligro. Desperté al capitán y comenzamos a sacar la vela del agua. La luna en el cielo apareció de nuevo, iluminando toda la cubierta. Eso era increíble, como si alguien nos estuviera cuidando. Arreglamos la avería, instalamos otra vela y continuamos navegando hacia Uruguay. Permanecí en la cubierta hasta el amanecer, emocionado por la magia de las experiencias nocturnas.

El mar tenía la virtud de calmar mis emociones. Sentía un verdadero silencio dentro de mí. Abstraído del mundo exterior, me sumergía en mí mismo. Podía pasar varias horas mirando el agua, sintiendo la brisa que se estrellaba contra mi cuerpo.

El mar se convirtió para mí en buen compañero, que me introdujo en un mundo mágico. Más de una vez me hizo sentir su inconmensurable poder y, porque no, su sabiduría. Sentado en la cubierta, escuchando la ópera del océano Atlántico, me sentía acompañado, nunca solo. Conectado al Universo, me daba cuenta de que yo era parte de él.







Delfines en las Islas Malvinas